

## Donald Trump y su inversión de la “estrategia Kissinger”

Por Vijay Prashad

**Biografía del autor:** Vijay Prashad es un historiador, editor y periodista indio. Es miembro de la redacción y corresponsal en jefe de Globetrotter. Es editor en jefe de [LeftWord Books](#) y director del [Instituto Tricontinental de Investigación Social](#). Ha escrito más de 20 libros, entre ellos [Las Naciones Oscuras](#) y [Las Naciones Pobres](#). Sus libros más recientes son [Luchar nos hace humanos: aprendiendo de los movimientos por el socialismo](#), [La retirada: Irak, Libia, Afganistán y la fragilidad del poder estadounidense](#) y [Sobre Cuba: 70 años de Revolución y Lucha](#) (los dos últimos en coautoría con Noam Chomsky).

**Fuente:** Globetrotter

El presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, llamó al presidente ruso, Vladimir Putin, y le dijo que el Gobierno de los EE.UU. está comprometido con un proceso de paz en Ucrania. Como parte del acuerdo, la administración de Trump dejó claro que algunas zonas del este de Ucrania y Crimea permanecerían en manos rusas. En su discurso en la sede de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el secretario de Defensa de Trump, Pete Hegseth, dijo que era “poco realista” suponer que Ucrania volvería a sus fronteras anteriores a 2014, lo que significa que Crimea no formaría parte de ninguna negociación con Rusia. La adhesión de Ucrania a la OTAN, dijo, no iba a ser posible, en lo que respecta a los Estados Unidos. Los Estados Unidos, dijo Hegseth a la OTAN, no estaba “centrado principalmente” en la seguridad europea, sino en anteponer sus propios intereses nacionales. Lo mejor que podían hacer los líderes europeos en la OTAN era exigir que Ucrania tuviera un asiento en las conversaciones, dijo, pero no comentó en contra de la presión de los Estados Unidos para que se hicieran concesiones a Rusia para sentarse a la mesa. Ucrania y Europa pueden opinar, dijo Hegseth, pero Trump establecería la agenda. “Lo que decida permitir y no permitir es competencia del líder del mundo libre, del presidente Trump”, dijo Hegseth con su característica arrogancia del medio oeste estadounidense. Los vaqueros, dijo con su lenguaje corporal, vuelven a estar al mando.

Mientras Hegseth estaba en Bruselas, Trump estaba en Washington, D.C., con su aliado cercano, Elon Musk. Ambos están en una campaña para recortar el gasto público. En las últimas cinco décadas, el Gobierno de los EE.UU. ya se ha reducido, sobre todo en lo que respecta a la prestación de asistencia social. Lo que queda son áreas como la industria armamentística, que han sido celosamente custodiadas por grandes corporaciones. Siempre ha parecido que esta industria era inviolable y que los recortes en el gasto militar en los Estados Unidos serían imposibles de sostener. Pero la industria armamentística puede estar tranquila (excepto Lockheed Martin, que podría perder su subvención para el avión de combate F-35); Musk y su equipo no van a recortar los contratos militares, sino que irán a por los empleados militares y civiles. Durante su audiencia de confirmación, Hegseth dijo a los senadores que durante la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos tenía siete generales de cuatro estrellas, y ahora tiene cuarenta y cuatro. “Existe una relación inversa entre el tamaño de las plantillas y la victoria en el campo de batalla. No necesitamos más

burocracia en la cúpula. Necesitamos más combatientes con poder en la base”. Dijo que “se puede recortar el personal, para que [el ejército estadounidense] pueda avanzar hacia la letalidad”.

Hay, fundamentalmente, una interpretación errónea de estas medidas por parte de la administración Trump. A veces se ven como el agitado idiosincrásico de un presidente de extrema derecha que está comprometido a poner a “los Estados Unidos primero” y, por lo tanto, no está dispuesto a emprender guerras costosas que no son de su interés. Pero esta es una evaluación errónea y miope de la llamada telefónica de Trump con Putin sobre Ucrania y su enfoque sobre el ejército estadounidense. En lugar de ver esto como maniobras aislacionistas, es importante entender que Trump está intentando seguir una estrategia inversa a la de Kissinger, es decir, hacerse amigo de Rusia para aislar a China.

Trump entiende que Rusia no es una amenaza existencial para los Estados Unidos. El Gobierno de los EE.UU. no teme las ventas de energía rusa a Europa, ya que no hay pretensiones de que estas ventas de productos básicos socaven el control general del imperio del norte sobre la economía global. Sin embargo, el rápido desarrollo de China en tecnología y ciencia, así como en nuevas fuerzas productivas, representa una amenaza real para el dominio estadounidense en sectores clave de la economía global. Es la “amenaza” percibida de China a los Estados Unidos lo que motiva el enfoque de Trump hacia alianzas y enemigos.

### **La estrategia de Kissinger: hacerse amigo de China para aislar a Rusia**

Henry Kissinger (1923-2023) fue uno de los burócratas de política exterior estadounidenses más influyentes de la historia. Durante la presidencia de Richard Nixon, de 1969 a 1974, Kissinger dirigió esencialmente la política exterior de los Estados Unidos. Tanto Nixon como Kissinger siguieron de cerca la disputa entre la Unión Soviética y la República Popular China (RPC). Cuando Nixon se convirtió en presidente, la disputa fronteriza entre la URSS y la República Popular China en torno a la isla de Zhenbao casi desembocó en un posible ataque nuclear soviético contra Pekín. Kissinger había reconocido que esta disputa era de gran valor para los Estados Unidos, ya que impedía que los dos grandes países euroasiáticos construyeran una unión integral contra la alianza atlántica encapsulada por la OTAN. Si Rusia y China se unieran, escribió Kissinger, podrían socavar los cimientos del poder occidental en el mundo. Evitar tal alianza era esencial, y utilizar la disputa chino-soviética para crear una profunda brecha entre los dos países era el núcleo de la política de Kissinger. El acercamiento con China también permitió a los EE.UU. intentar cerrar la línea de suministro logístico para las fuerzas de liberación nacional vietnamitas en su guerra contra la agresión estadounidense.

Fue por esa razón que Kissinger inició conversaciones secretas a través de Pakistán con el Gobierno chino en 1970, realizó un viaje secreto a Pekín en 1971 y, de ese modo, abrió la puerta para que Nixon visitara China al año siguiente. En su informe verbal al personal de la Casa Blanca después de su visita a China, Kissinger hizo el siguiente comentario importante: “Los chinos son gente muy

seria. No nos desean ningún bien. No nos hacemos ilusiones al respecto. Pero en términos de nuestra situación general, con la presión soviética y con la situación en el sudeste asiático, nos conviene atraer a los chinos”. La visita histórica de Nixon a China estuvo impulsada en su totalidad por los intereses estadounidenses de dividir a Rusia y China para que los Estados Unidos pudiera establecer su poder en el continente asiático.

Mucho después del colapso de la Unión Soviética, Kissinger siguió defendiendo que los Estados Unidos debería hacerse amigo de China, aislar a Rusia y subordinar a Europa para continuar su dominio a largo plazo. Ese es el argumento subyacente en la épica obra de 600 páginas de Kissinger, *On China*, publicada en 2011.

### **El giro de Trump: hacerse amigo de Rusia para aislar a China**

Con la caída de la Unión Soviética, la élite estadounidense desarrolló una estrategia para hacerse amigo tanto de Rusia como de China, pero más de Rusia. Entre la élite de la política exterior se pensaba que la subordinación de Rusia a los Estados Unidos – bajo la presidencia de Boris Yeltsin desde 1991 a 1999 – era total y que los rusos se convertirían en un actor menor en el continente euroasiático. La entrada de Rusia en el G7 (que luego se convirtió en el G8) en 1998 fue la cúspide de esa subordinación. El retorno del cristianismo en público en Rusia y la promoción de la cultura rusa orientada a Europa sugerían que Rusia había abrazado su herencia occidental. Parecía que se había alejado tanto de la soberanía como de Asia y, por lo tanto, de China. En 1993, el presidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, telefoneó a Yeltsin y le dijo: “Quiero que sepa que estamos en esto con usted a largo plazo”.

Una sección de extrema derecha del *establishment* estadounidense identificó dos tendencias a finales de la década de 2000. En primer lugar, el desarrollo tecnológico de China de sus fuerzas productivas amenazaba seriamente el dominio de la propiedad intelectual por parte de las empresas estadounidenses. En segundo lugar, el nuevo nacionalismo ruso se había basado tanto en la soberanía (identificada por el surgimiento de los partidos patrióticos de Putin) como en la supremacía blanca y la ortodoxia rusa (como la anclada por las teorías de Aleksandr Dugin). Hay todo un bloque en la extrema derecha estadounidense que ve en el nacionalismo patriótico ruso su propia ideología, y ve en el comunismo chino a su adversario.

Incluso en su primer mandato, Trump trató de hacerse amigo de Rusia para aislar a China y subordinar a Europa. Este cambio de la estrategia de Kissinger no es progresista, sino igualmente reaccionario y peligroso. El objetivo unificador es asegurar la supremacía de los Estados Unidos con la misma estrategia de división, pero invirtiendo los actores. Trump fue entonces acusado de beneficiarse de la injerencia rusa.

Lo que los Estados Unidos está haciendo ahora es intentar romper la relación establecida entre China y Rusia desde 2007, cuando Putin rompió oficialmente con los Estados Unidos en la 43ava Conferencia de Seguridad de Múnich. La buena cooperación entre China y Rusia ha avanzado rápidamente, y los dos países tienen un acuerdo de seguridad que subyace a la transferencia de bienes y servicios en rublos y renminbi. Romper esta relación no será fácil, pero ahora es la estrategia que Trump ha decidido intentar poner en marcha.

Vale la pena recordar la valoración de Kissinger sobre los líderes chinos en 1971: “Su interés es 100% político... Recuerde, estos son hombres de pureza ideológica. [Zhou Enlai] se unió al Partido Comunista en Francia en 1920, mucho antes de que existiera un Partido Comunista Chino. Esta generación no luchó durante 50 años y no emprendió la Gran Marcha por el comercio”. Esta opinión no solo engloba a Zhou Enlai y Mao Zedong, sino también a Vladimir Putin y Xi Jinping. Ellos también se han forjado en una lucha contra los Estados Unidos a lo largo de la última década. Es poco probable que unas cuantas baratijas atraigan a Putin para que adopte la estrategia inversa de Kissinger de Trump.